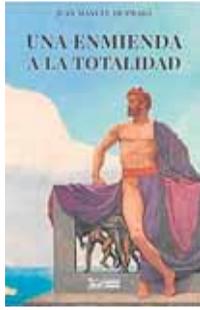


CRÍTICA LIBROS

Ingmar, Fanny y Alexander

Del cine al papel. 'Niños de domingo' o cómo el universo de Bergman se hace literatura con tintes chejovianos

JORGE ALACID



JUAN MANUEL DE PRADA
UNA ENMIENDA A LA TOTALIDAD

Editorial: Homo Legens.
431 páginas. Precio: 21,37 euros

Todas las creencias positivas tienen un clon deformado por los profesionales de la voluntad de enturbiar

tituyen un sistema». No una panacea sino una ecuación que cada cual debe resolver. Y no, desde luego, ni el dogma ni la disciplina de un partido político. Juan Manuel de Prada no quiere ser ni un oráculo ni un político profesional, sino un pensador.

El catálogo de cuestiones problemáticas que ha ido desgranando en sus colaboraciones periodísticas, y que es útil y grato reencontrar aquí, coincide con lo viene inquietando progresivamente a los españoles a lo largo de estos últimos años. Todas las creencias positivas tienen un clon deformado por los profesionales de la voluntad de enturbiar, que corre el peligro de tomarse por auténtico debido a la falta de formación. Un concepto tan sacrosanto como «libertad de expresión» se utiliza torcidamente para camuflar y proteger a los enemigos de la libertad. Hasta qué punto la colonización de la mente colectiva crea opiniones mayoritarias gracias a la falta de la cultura y de la experiencia que crearían los anticuerpos defensivos contra la falacia sistemática y la demagogia.

Cuánto han degenerado los principios básicos de la democracia, singularmente la separación de poderes. Cómo nos vemos día a día obligados a deslindar lo legal de lo legítimo, y retornar a principios tan añejos como el Derecho natural o la evidencia moral individual frente a la obediencia debida o la decisión de unas voluntades sospechosas en ocasiones de ser el producto de la manipulación y el clientelismo. En qué medida no debemos olvidar nunca que, si todos huyen en la misma dirección, el que avanza parece estar huyendo. Por qué asentir al pasoteo y el mercadeo llamando inmovilismo o intolerancia a la integridad de principios no negociables. Por qué se avergüenza el pensamiento conservador de sus convicciones, y por qué se deja aplastar por la máquina propagandística que sus adversarios llevan siglos ostentando sin descanso ni pudor. Por qué se considera progresista y correcto proclamar la igualdad de todas las culturas, incluso aquellas que entre algunos se definen como negadoras de los derechos humanos fundamentales.

Tampoco falta entre sus planteamientos lo que puede considerarse la cuestión palpitante de hoy en día: cómo ha soportado el paso de los años la Constitución de 1978. ¿Ha envejecido como los buenos vinos, o se ha desnaturalizado y agriado? Cualquiera enólogo nos diría que no hay vino que pueda beberse pasados cuarenta años, y que las botellas de esa antigüedad las

adquieren los coleccionistas, no los gastrónomos. Es inútil negar que nuestra Constitución es actualmente asunto de graves cavilaciones y piedra de toque de gran ambigüedad, tanto en su aceptación como en su negación o su revisión. Juan Manuel de Prada toma nota de este dilema y de la amplia gama de opiniones que mueve, y si no lo afronta como un político sí tiene presente algo que nadie en su sano juicio puede negar: que fue una bomba de relojería en cuanto forzó la convivencia de cuestiones no resueltas sino meramente aplazadas.

Citaré las más obvias. La Constitución proclama una quimérica igualdad de los españoles de suyo incompatible con un sistema de descentralización autonómica demasiado amplio para no ser el germen del nacionalismo regional, el separatismo y un caos educacional, financiero y de todo tipo difícil de compaginar con la supervivencia de un estado nacional que pretenda serlo más allá de las relaciones exteriores y la defensa, esta última también lastrada, como ocurre hoy en día, en su función primordial, la de mantener la integridad del territorio nacional y de las instituciones que son inherentes a la soberanía y a la unidad del Estado.

Estas y otras preguntas rebosan de las páginas de Juan Manuel de Prada, con la falta de dogmatismo y de pretensiones reductoras de quien se considera un ciudadano comprometido con su país en el ejercicio del pensamiento cívico, y no en el de la intervención en la política activa. Quienes compartan o al menos comprendan esas preguntas tendrán el día 3 una ocasión inmejorable de participar en un diálogo que será sin duda enriquecedor para todos.

Toda historia de amor es una historia de fantasmas: la frase que sirve para titular la biografía de David Foster Wallace vale por supuesto para enmarcar cualquier expedición por la literatura de veta sentimental y ayuda a cartografiar ese género que tanta felicidad procura: la escritura memorialística, que transita por los dos lados de la vida (lo real, lo ficcionado) sin confundir nunca al lector. El autor firma con él un contrato de lealtad que se traduce en páginas donde triunfa el yo, por supuesto, pero no cualquier yo: es una celebración del nosotros.

La referencia al mundo de los fantasmas parece especialmente pertinente para radiografiar 'Niños de domingo', el particular viaje del cineasta Ingmar Bergman no sólo hacia la literatura: también se desplaza hacia ese territorio de la psique colectiva donde la experiencia personal se vuelve compartida. Porque esta deliciosa obra, protagonizada en teoría por el propio autor de 'Fresas salvajes', concede un papel principal a lo invisible. El material que puebla nuestras fantasías, el imaginario mundo del pequeño Pu (trasunto de Ingmar) que colisiona contra la crudeza de la vida a temprana edad, durante un lar-



Bergman, con su hijo Daniel y su mujer Kibi, en una escena familiar. AFP



NIÑOS DE DOMINGO
INGMAR BERGMAN (TRADUCCIÓN DE MARINA TORRES)

Editorial: Fulgencio Pimentel.
164 páginas. Precio: 19 euros.

go fin de semana habitado en efecto por presencias tan fantasmales como las que alimentan la obra cinematográfica del cineasta sueco.

Pienso por ejemplo en una de sus cumbres, 'Fanny y Alexander', datada en 1982. Ocho años después escribió esta 'nouvelle', de grato aroma chejoviano, ingenioso uso de la voz narradora y trama en realidad inexistente: se le puede aplicar la teoría de Javier Marías respecto a 'Los Sopranos' porque trata de lo que ocurre cuando los demás no miramos. Cuando nos quedamos a solas con nuestros fantasmas.

Magia negra para denunciar las injusticias con la mujer

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

Al comienzo del escalofriante delirio puritano que conocemos como los juicios de Salem aparece una esclava llamada Tituba. Trabajaba en la casa del reverendo Samuel Parris y su figura queda algo eclipsada por el protagonismo de Sarah Good y Sarah Osborne, las dos mujeres que junto a ella fueron las primeras acusadas de brujería. En 'El crisol', su obra referencial sobre los juicios de Salem, Arthur Miller caracteriza a Tituba como originaria de Barbados y la presenta bailando desnuda en un ritual pagano. Desde entonces, la identidad de la esclava ha sido

interpretada en términos raciales, resaltando las implicaciones de su negritud en la blanquísima sociedad de Nueva Inglaterra. En 1986 Maryse Condé hizo su aportación. Transformó su escritura en una especie de huracán. Tituba cuenta en primera persona su historia y señala a los blancos como devotos de la superstición y la violencia.

Reconstruye su experiencia, que desde el comienzo de la novela es dramática: «Abena, mi madre, fue violada por un marinero inglés en la cubierta del 'Christ the King', mientras el navío zarpaba a Barbados. Yo fui fruto de aquella agresión. De



YO TITUBA, LA BRUJA NEGRA DE SALEM
MARYSE CONDÉ

Editorial: Impedimenta.
304 páginas. Precio: 22,60 euros

aquel despreciable acto de odio». La vida de Tituba es una sucesión de injusticias. Maryse Condé supera las fronteras de la denuncia profundizando en la intimidad de la protagonista a través de la construcción de su voz. Además de víctima, Tituba es una mujer orgullosa que tiene un contacto especial con la naturaleza y con su propio origen.